
Eugenio Montale

Recuerdo de Roberto Bazlen

Traducción de Guillermo Fernández

He frecuentado a dos B.B. en mi vida, pero el que más honda huella dejó en mí no fue el Señor del Tatti, Berenson, que me honró con su benevolencia, sino Bobi Bazlen, que fue encontrado muerto el 27 de julio en un hotel de Milán y del que muy pocos amigos se despidieron en el cementerio donde sepultan a quienes mueren sin herederos ni actas del registro civil milanés. Dos días antes de su deceso lo había invitado yo a cenar en mi casa. Ordené que le prepararan un platillo que le gustaba mucho, hecho en base al pan cocido de los campesinos toscanos. No asistió y eso me asombró mucho, conociendo su puntualidad pese a su aparente desorden. Por mi mente pasó un triste presentimiento, que de inmediato rechacé. A la mañana siguiente supe que nunca más volvería a verlo.

¿Quién era B.B.? Intentaré decirlo a quien nada sabe de él, y no es fácil. Él se habría ofendido si alguien lo hubiera considerado un "intelectual", pero con él desapareció realmente el último y más singular representante de la inteligencia triestina de los así llamados años treinta y, en su caso, podría decirse incluso que de los veinte; porque fue a partir del 24 que comenzó a llevar fuera de Trieste el tesoro de su sapiencia y de sus inquietudes.

Su padre era un suevo de confesión evangélica. Murió cuando el hijo apenas tenía tres años, y de él Bobi recordaba solamente sus pinzas para el bigote; la madre, Clotilde, amorosísima mujer judía se pasaba la vida con el temor de que pudiera "sucederle algo" a su único hijo. Aún tengo en la memoria el abrazo y la imploración, "Roberto mío", cuando Bobi se ausentaba de casa durante muchas horas.

Bobi estudió en una escuela alemana de Trieste y hablaba varios idiomas, pero el alemán fue (al menos en sus primeros años) su lengua más congenial. Recibió una formación que hoy llamaríamos habsbúrgica, aunque en su cultura nada había de nostálgico o de retrospectivo. Cuando alguien (no recuerdo quién) le pidió que me buscara, en el invierno 1923-24, fue para mí una ventana abierta a un mundo nuevo. Nos veíamos todos los días en un café que estaba en un sótano, junto al teatro Carlo Felice, en Génova. Me habló de Svevo y encargó para mí tres novelas de ese autor; me dio a conocer muchas páginas de Kafka, de Musil (el teatro) y de Altenberg. Yo conocía ya la poesía de Saba, pero Bobi me reveló la de Giotti, la de Bolaffio y, más tarde, la de Carmelich. ¡Dios mío!, luego agregué a esa lista Benco, Stuparich y, años después, Quarantotti-Gambini. Entre 1925 y 1930, me convertí en un triestino por elección, y no pude entrever entonces que a la postre me casaría con una mujer de origen triestino, que Svevo alcanzó a conocer.

Cuando me fui a vivir a Florencia, en 1927, creo que Bobi seguía viviendo en su ciudad natal. Después volví a verlo en muy contadas ocasiones, sin que por ello decayera nuestra amistad, pues el número de sus fieles aumentaba con el paso del tiempo y ellos me daban noticias de él en "toma directa". De entre esos fieles debo recordar al menos a Sergio Fadin, exquisito poeta muerto precozmente.

Durante los veinte años que viví en Florencia, Bobi pasó algunos años en Milán y luego en Roma, ciudad que abandonó tras la destrucción de su casa en la vía Margutta.

A nadie se le ocurra pensar que era el típico alemán enamorado del sur. Simplemente era un hombre al que le gustaba vivir en los intersticios de la cultura y de la historia, ejerciendo su influencia en cuantos podían comprenderlo, pero él se rehusaba a estar en el candelero. *Bon vivant*, amante del buen vino, curioso de todo, capaz de recorrer a pie veinte kilómetros con tal de descubrir una nueva hostería, fue ante todo un incomparable orientador y suscitador de nuevas inquietudes intelectuales y morales. Anticipándose a las cosas, a menudo abandonaba sus ideas cuando veía que los demás las aceptaban sin chistar. Que yo sepa, jamás tuvo empleos fijos, pero los editores se sirvieron de él mandándolo a “patrullar” en zonas inexploradas. Muchos buenos y raros libros jamás habrían aparecido publicados si B.B. no se los hubiera impuesto a los reacios editores. Fenomenal *voyageur autour de sa chambre*, creo que viajó mucho, incluso en el extranjero, pero no sé cómo, porque siempre le pareció despreciable el dinero. En los últimos meses un benemérito editor milanés le asignó un pequeño estipendio, pero Bobi no retiraba sino una mínima parte, lo que le parecía suficiente para vivir.

¿Acaso ocultaba en sí a un místico, o al menos a un religioso de ninguna religión? Es posible suponerlo, aunque tal hipótesis le hubiera parecido ofensiva. Jamás salieron de sus labios palabras como “espíritu” o “alma”. Sin embargo, podría convalidar tal conjetura el hecho de que, tras una prolongada inmersión juvenil en Freud y Jung, exploró a lo largo y a lo ancho todas las posibles tradiciones órficas y místicas. No creía que la materia y el cuerpo mismo del hombre tuvieran una existencia real. Pensaba que la muerte era una palabra sin ningún sentido. Sea como fuere, nadie ha sabido en qué clase de trascendencia creía. Pienso que no se trataba de la trascendencia de los filósofos, a quienes detestaba: acaso se trataba de una muy personal alquimia elaborada en el secreto de una asidua experiencia del absurdo. Pero también aquí es necesario no pensar en el absurdo de los existencialistas. Si tuvo una fe, debió ser iconoclasta y totalmente innombrable. Los libros que amaba (especialmente los de poesía) no eran los *grandes* libros, sino los que él podía citar e integrar a su pensamiento: libros excepcionales, casi clandestinos. De entre los grandes hacía una excepción: su Strindberg.

Dejó algunos poemas inéditos (escritos en alemán) y muchos dibujos. Nada que hubiera pretendido publicar, y por cierto nada que pudiera considerarse como una obra; nada que, probablemente, pueda dar una idea de su verdadera medida. Maestro de una cultura totalmente subterránea, mete en un berenjenal a los amigos que quieren, como generalmente se dice, “perpetuar su recuerdo”. Supongo que le horrorizaría semejante iniciativa. Tal vez todas sus enseñanzas puedan resumirse en una frase que un día le dijo a Sergio Solmi (uno de sus amigos de siempre): “Para entender algo es necesario volverse loco, pero conservando la cabeza en su lugar.” Y él lo logró a la perfección. Fue muy alto el precio que pagó por su experiencia, y ésta era tal que no podía igualarse al dinero de esta tierra. ◇

